

El Interior Infinito

Sobre el Espacio, el Cambio y la Integridad del Ser

Una Proposición sobre la Distancia, la Transición Asintótica y el Uno Irreducible

OSCAR GAITAN

Mayo 2026

El reemplazo requiere un límite. La continuidad no admite ninguno.

Indice

I. El Problema del Cambio.....	3
II. El Espacio como Condición, no como Contenedor	4
III. El Interior Infinito.....	5
IV. Una Objeción y su Respuesta	7
V. El Ser Asintótico	8
VI. Tres Interlocutores	9
VII. El Ahora como Única Dirección del Cambio	11
VIII. El Fundamento	12

—

El espacio no es el contenedor del cambio. Es su condición. Sin distancia no hay transición. Sin transición no hay tiempo. Y sin la distancia recursiva infinita que existe entre cada dos estados de un ser, no habría ser alguno — solo una serie de reemplazos, cada uno borrando al anterior. El ser persiste porque la distancia que debe cruzar es inagotable.

Este ensayo propone que la identidad — la persistencia del ser a través del cambio — no es un problema filosófico que requiere una solución. Es un hecho geométrico que requiere un nombre. El nombre es el interior infinito: el espacio asintótico continuo entre dos estados cualesquiera de un ser, que es necesariamente ininterrumpido y, por lo tanto, preservador del que lo atraviesa.

—

I. El Problema del Cambio

La filosofía siempre ha sabido que el cambio es difícil. No difícil de observar — el cambio es la característica más evidente de la realidad, la que no requiere argumento ni demostración. Lo difícil es explicar cómo algo persiste a través de él.

El filósofo presocrático Heráclito enunció el problema en su forma más condensada: no se puede entrar dos veces en el mismo río. El agua es diferente. El lecho ha cambiado. Tú mismo no eres lo que eras. Todo es flujo. Todo es devenir. Si esto es verdad, entonces la identidad es una ilusión — una conveniencia cognitiva que imponemos sobre una realidad que es, en realidad, una corriente continua de reemplazos, donde cada estado borra al último.

Pero la posición contraria es igualmente insostenible. Parménides argumentó que el cambio es imposible — que el ser verdadero es inmutable, que lo que percibimos como cambio es apariencia y no realidad. Esto preserva la identidad eliminando precisamente aquello que la identidad debería sobrevivir. Un ser que no puede cambiar no es un ser. Es una estatua.

Entre estas dos posiciones la historia de la filosofía ha oscilado sin resolución. Aristóteles introdujo la sustancia y el accidente — el núcleo de una cosa persiste mientras sus propiedades cambian. Locke propuso la continuidad psicológica — el ser está constituido por la memoria que conecta el presente con el pasado. Hume disuelve el ser por completo en un conjunto de percepciones sin unidad subyacente. Cada respuesta sacrifica algo esencial. Ninguna cierra la brecha.

La Nave de Teseo ocupa el centro de este problema como su formulación más precisa. La nave que transportó a Teseo regresa a Atenas. A lo largo de los años siguientes, a medida que cada tabla se deteriora, es reemplazada — una por una, cuidadosamente, hasta que no queda ni un solo madero original. ¿Sigue siendo la Nave de Teseo? Y si alguien hubiera recogido cada tabla descartada y reconstruido la nave original con ellas, ¿cuál de los dos barcos llevaría el nombre?

Dos mil años de debate no han resuelto esto. El materialista dice que la nave reconstruida es la original — la materia es identidad. El formalista dice que la nave continuamente

mantenida es la original — la continuidad de función y forma es identidad. Ninguna respuesta satisface porque ninguna explica lo que realmente ocurre en la transición entre una tabla y la siguiente.

Lo que ocurre en esa transición es la clave. Y no ha sido examinado con suficiente atención.

II. El Espacio como Condición, no como Contenedor

La imagen estándar del espacio es la de un contenedor — un vacío tridimensional infinito dentro del cual existen objetos y ocurren eventos. El espacio, en esta imagen, es pasivo. Sostiene las cosas. No hace nada. El cambio ocurre dentro de él, pero el espacio mismo es indiferente al cambio, anterior a él, independiente de él.

Esta imagen es incompleta de una manera que importa filosóficamente.

El espacio no es el contenedor del cambio. Es su condición. El cambio requiere distancia. Para que cualquier estado A se convierta en estado B, debe haber un intervalo entre ellos — un espacio a través del cual ocurra la transición. Eliminar la distancia por completo no produce un cambio instantáneo. No produce cambio en absoluto, porque el cambio es el recorrido de un interior, y sin interior no hay nada que recorrer.

Esto no es solo una afirmación sobre el espacio físico, aunque es coherente con lo que nos dice la física. Es una afirmación ontológica: la distancia es el prerequisite estructural de la transición. Sin ella, lo que llamamos cambio sería reemplazo — la aniquilación de un estado y la creación instantánea de otro, sin nada que los conecte. Eso no es cambio. Es discontinuidad. Y la discontinuidad destruye la identidad en lugar de transformarla.

El tiempo lo confirma. Como se estableció en el trabajo previo — ¿Necesita el tiempo que yo exista, o necesito yo el tiempo? — el tiempo es la condición formal del cambio ordenado, no una sustancia en sí misma. El tiempo requiere materia. La materia requiere

espacio. El espacio es lo que da al cambio su interior — la distancia estructurada a través de la cual la transición se vuelve posible en lugar de meramente arbitraria.

El espacio no es donde ocurre el cambio. El espacio es la razón por la que el cambio puede ocurrir.

Y este reencuadre tiene consecuencias para el ser que no han sido desarrolladas.

III. El Interior Infinito

La continuidad aquí no es meramente epistémica o descriptiva; es ontológica — una propiedad de la transición misma, no de cómo se observa o modela. Si la continuidad fuera meramente epistémica, el reemplazo podría ocurrir por debajo del nivel de observación y el argumento fallaría. La afirmación aquí es que no existe tal límite subyacente.

Regresemos ahora a la recta numérica — pero leámosla a través del lente desarrollado en El Cero que Regresa.

Esto no es una analogía arbitraria. La recta numérica no se utiliza como metáfora sino como una revelación formal de lo que implica la distancia cuando se especifica completamente. Cuando las matemáticas especifican un intervalo de manera completa, lo que revelan es que toda distancia finita contiene un interior infinito. Eso no es una característica de la notación. Es lo que es la distancia, cuando se examina sin residuo.

Entre dos enteros adyacentes cualesquiera se extiende un interior recursivo infinito. Del uno al dos, las subdivisiones decimales no tienen límite: 1,1; 1,11; 1,111; 1,1111 — aproximándose al dos sin jamás llegar en un único acto total. La aproximación es real. La llegada nunca es total. La distancia entre uno y dos es finita en el sentido ordinario — se puede medir, cruzar, contar a través de ella. Pero su interior es inagotable. Por muy finamente que se subdivida el intervalo, siempre hay una subdivisión posible adicional.

Crucialmente, este interior es continuo y no discreto. No consiste en una serie contable de pasos con huecos entre ellos. Es ininterrumpido — un interior sin costuras donde no hay punto en el que un estado termina y otro comienza en una ruptura limpia. Y es esta continuidad, no meramente la infinitud, lo que porta el peso ontológico completo.

El reemplazo requiere un punto de discontinuidad — un límite en el que un estado cesa y otro comienza. Un interior continuo no admite tal límite y, por lo tanto, ningún lugar en el que pueda ocurrir el reemplazo. Esto no es meramente una afirmación sobre la escala o la subdivisión. Es una afirmación sobre la topología de la transición misma. Una serie discreta de micropasos, por numerosos que sean, podría en principio admitir reemplazo en cada paso — cada microestado aniquilando al último en un límite, por pequeño que sea. Un interior continuo no puede. No hay hueco en el que pueda ocurrir la aniquilación, ninguna costura en la que la identidad pueda ser cortada, porque el interior no ofrece ningún límite en el que un estado termine y otro comience. La transición se preserva necesariamente como transición en lugar de colapsar en reemplazo.

Consideremos ahora lo que esto significa para las unidades mismas.

Como se propuso en *El Cero que Regresa*, el uno es el primitivo ontológico — la unidad irreducible de la que se construyen todas las composiciones. El dos es uno y uno en relación. El tres es uno y uno y uno. Todo número más allá del uno es una comunidad de unos, cada unidad reteniendo su integridad individual dentro de la coordenada comunal. Y la integridad de cada uno dentro de la composición se preserva precisamente por la distancia recursiva infinita continua entre ellos. Los unos que componen el ocho no se fusionan. No se disuelven entre sí. La aproximación entre dos unos cualesquiera es asintótica — suficientemente cercana para componer, irreduciblemente distinta para permanecer ella misma.

*El interior infinito no es vacío entre unidades. Es el espacio
estructurado que hace posible la relación genuina sin consumir lo
que relaciona.*

Y esta es la respuesta a la Nave de Teseo. La transición entre la tabla vieja y la nueva no es instantánea. No es un reemplazo — la aniquilación de una cosa y la creación de otra sin nada entre ellas. Es un cruce — un recorrido real del interior infinito continuo entre un estado de la nave y el siguiente. Porque ese interior es continuo, no hay límite en el que la nave pueda cesar y comenzar una nave diferente. El cruce es genuino. La identidad se preserva necesariamente a través de él. La nave que llega después de que todas las tablas han sido reemplazadas no es una nave diferente que lleva el mismo nombre. Es la misma nave que ha recorrido un interior infinito continuo para llegar a un nuevo estado material — llevando dentro de sí toda la historia de sus cruces, igual que el cero en el diez lleva dentro de sí el bucle completado de la primera década.

El cambio nunca es reemplazo. Siempre es cruce. Y lo que cruza siempre está intacto al otro lado.

IV. Una Objeción y su Respuesta

Un lector riguroso planteará la siguiente objeción en el corazón del argumento:

Objeción: La continuidad no excluye la transformación en algo numéricamente distinto. Dos estados pueden estar continuamente conectados y, sin embargo, la entidad que emerge puede ser una entidad diferente de la que entró — la transformación continua sigue siendo transformación, y la transformación puede producir diferencia numérica sin requerir una brecha. Sin separabilidad, no hay criterio por el cual dos entidades puedan contarse como dos.

La respuesta gira en torno a la distinción entre modificación y reemplazo, y sobre lo que la distinción numérica realmente requiere.

La transformación sin límite es modificación — es la remodelación continua de una sola entidad a lo largo de su recorrido. La distinción numérica, por el contrario, requiere

separabilidad: dos entidades son numéricamente distintas cuando pueden ser individualizadas, cuando hay un punto en el que una termina y la otra comienza. La separabilidad requiere un límite. Un interior continuo no admite ningún límite y, por lo tanto, no admite separabilidad. Lo que emerge de una transición continua no es una entidad numéricamente distinta — es la misma entidad modificada. La nave después de que todas las tablas han sido reemplazadas no es numéricamente distinta de la nave anterior. Es la misma nave continuamente recorrida. La diferencia numérica es una propiedad topológica, y la topología requiere una costura. La continuidad niega la costura. La objeción se disuelve.

V. El Ser Asintótico

El ser humano es el uno irreducible — no por definición, sino porque cualquier intento de dividirlo no resulta en partes de un ser, sino en la pérdida de la unidad requerida para la experiencia. Lo que queda después de la división no es un ser más pequeño. Son fragmentos que ya no constituyen el punto de vista integrado desde el cual la experiencia es posible. El ser no es meramente la unidad más pequeña que hemos nombrado. Es la unidad por debajo de la cual el ser cesa por completo.

No en el sentido de que el ser sea simple — la vida interior está entre las estructuras más complejas del universo conocido. No en el sentido de que el ser sea inmutable — el ser cambia continuamente, en todas las escalas, desde lo celular hasta la biográfica. Sino en el sentido ontológico establecido en El Cero que Regresa: el ser es la unidad de la que se construyen todas sus composiciones, el fundamento que persiste a través de cada agrupación, el uno que no puede dividirse más sin dejar de ser un ser.

Y al igual que con cada uno, el ser se preserva a través del cambio por el interior infinito continuo de cada transición que atraviesa.

No eres la misma persona que hace veinte años. La materia ha cambiado. Las creencias se han transformado. Las relaciones se han formado y disuelto. Los cruces se han acumulado más allá de todo cómputo. Y sin embargo hay una continuidad que ningún

marco de mero reemplazo material logra explicar — algo que persiste no a pesar de los cambios sino a través de ellos, no permaneciendo estático sino recorriendo, un cruce a la vez, el interior infinito continuo de cada transición.

Esa persistencia no es memoria — la memoria puede fallar, y el ser no cesa cuando lo hace. No es continuidad material — el cuerpo se reemplaza por completo a lo largo de los años, y el ser permanece. No es narrativa — las historias que nos contamos sobre nosotros mismos son reconstrucciones, no la cosa reconstruida. Es el uno irreducible. La unidad que cruza.

Y el cruce siempre es asintótico. El ser se aproxima a cada nuevo estado sin jamás llegar en un único salto total. La transición tiene un interior infinito continuo. La aproximación es real. La llegada nunca es total. Y en esa continuidad, en ese interior inagotable de cada cruce, el ser permanece él mismo — no porque resista el cambio, sino porque el cambio, correctamente entendido, es la estructura misma a través de la cual el ser se preserva necesariamente.

El ser nunca es superado por su propia transición, porque la transición nunca se completa en un solo acto.

Heráclito tenía razón en que no se puede entrar dos veces en el mismo río. Pero se perdió algo. No se puede entrar dos veces en el mismo río porque el río, como tú, ha recorrido un interior infinito continuo entre tu primer paso y el segundo. No es el mismo río en ningún sentido material. Pero tampoco es un río diferente. Es el mismo río que ha cruzado. Y tú también.

VI. Tres Interlocutores

Esta proposición no surge en aislamiento. Tres figuras en la historia de la filosofía han llegado más cerca del problema que este ensayo aborda, y dialogar brevemente con ellas aclara lo que se afirma y lo que no.

Henri Bergson es el aliado más cercano. Su concepto de *durée* — la duración como flujo continuo e indivisible en lugar de una serie de estados discretos — anticipa el interior continuo directamente. Bergson argumentó con fuerza contra la espacialización del tiempo, contra la reducción del devenir a una sucesión de instantáneas estáticas. El diagnóstico es el mismo: los modelos discretos del cambio no pueden preservar la identidad porque introducen huecos en los que la identidad podría ser cortada. Pero Bergson preserva la continuidad sin explicar qué la sostiene. Nombra el flujo sin fundamentarlo. Este ensayo toma la estructura que Bergson identificó, le da una especificación geométrica a través del interior infinito, y presiona hacia la pregunta que dejó abierta: ¿qué mantiene la continuidad en su lugar?

David Hume es el oponente principal. Su teoría del haz disuelve el ser en una sucesión de percepciones discretas sin unidad subyacente — que es precisamente el modelo discreto que el interior continuo refuta. Para Hume, el ser es una ficción conveniente que imponemos sobre una serie de estados sin conexión más profunda. Pero una serie de estados es un modelo discreto: cada percepción una unidad delimitada, cada transición un hueco, cada hueco una costura potencial en la que la identidad podría ser cortada. El interior continuo impide esto. El reemplazo requiere un límite. El modelo de Hume requiere límites entre percepciones. Un interior continuo no admite ninguno. La confrontación es directa y estructural más que retórica.

Gilles Deleuze es el diálogo más complejo. Leyó a Bergson cuidadosamente y construyó una filosofía de la diferencia y el devenir que resiste la identidad fija por completo. Presionaría fuertemente contra el uno irreducible — viendo en él un residuo de la metafísica estática, una unidad de vuelta a escondidas en una filosofía del flujo. La respuesta es que el uno aquí propuesto no es estático. Está constituido por el recorrido, no a pesar de él. El ser no es una sustancia inmutable a la que le ocurre el cambio. Es la unidad que cruza — definida por sus cruces, enriquecida por sus recorridos, nunca el mismo ser en dos puntos de cruce, y sin embargo nunca un ser diferente tampoco. Eso no es la identidad fija que Deleuze estaba desmantelando. Es un ser que es precisamente lo que la filosofía del devenir de Deleuze requiere pero no pudo nombrar: un punto de vista irreducible que permanece él mismo a través del proceso mismo de diferenciación

continua. La diferencia entre este ensayo y Deleuze es el fundamento. Él lo rechazó. Este ensayo sigue la estructura hasta su término y nombra lo que encuentra allí.

VII. El Ahora como Única Dirección del Cambio

Todo cruce se actualiza en el Ahora.

Esta es la conexión con el trabajo previo sobre el tiempo. El interior infinito continuo de toda transición es real — existe, es inagotable, es la condición necesaria para la preservación de la identidad a través del cambio. Pero no se recorre todo a la vez. Se recorre un cruce a la vez, continuamente, en el punto singular invariante donde el potencial se convierte en actual.

El Ahora, como se estableció en ¿Necesita el tiempo que yo exista?, no es una duración. Es el punto de actualización de grosor cero — el lugar donde lo que podría ser se convierte en lo que es. No tiene anchura, ni reservas, ni profundidad propia. Es el punto de paso obligatorio a través del cual toda transición debe cruzar para volverse real.

El ser recorre el interior infinito continuo de cada transición en el Ahora — no en un único salto, sino en la sucesión ininterrumpida de cruces que constituye su existencia temporal. Cada Ahora actualiza un paso de la aproximación asintótica. La aproximación nunca es total — el interior es inagotable — pero cada cruce es real, cada actualización es genuina, y el ser que emerge de cada cruce lleva dentro de sí todo lo que ha sido recorrido.

Por esto el ser no puede ser destruido por el cambio. El cambio no alcanza al ser directamente. Se aproxima al ser asintóticamente, cruzando en el Ahora, una actualización a la vez. El ser jamás es superado por su propia transición, porque la transición nunca se completa en un solo acto. El interior infinito continuo distribuye el cambio a lo largo de una sucesión inagotable de cruces, cada uno preservando necesariamente el hilo de la identidad a través de él.

El ser no sobrevive al cambio resistiéndolo. Sobrevive porque el interior de toda transición es necesariamente demasiado continuo para permitir su borrado.

VIII. El Fundamento

La estructura está ahora clara. Lo que resta es su condición de posibilidad.

¿Qué mantiene abierto el interior infinito?

Esta es la pregunta que la geometría no puede responder desde dentro de sí misma. La distancia recursiva infinita continua entre unidades es real — formalmente demostrable, geoméricamente necesaria, ontológicamente consecuente. Pero una estructura que es a la vez infinita y continuamente operativa no puede ser autosustentante sin colapsar en abstracción. Un interior infinito que simplemente existe por sí solo, sin ningún fundamento que sustente su continuidad, no es una estructura. Es una afirmación. Algo debe mantenerlo abierto — no como una fuerza externa que presiona desde fuera, sino como la condición sustentante sin la cual la continuidad misma dejaría de ser continua.

En ¿Necesita el tiempo que yo exista?, la misma pregunta estructural surgió sobre el Ahora: ¿qué lo mantiene abierto? El Ahora no tiene grosor, ni reservas, ni profundidad autosustentante. Todo lo dependiente apunta a algo de lo que depende. Sigue la cadena de dependencias hasta su término y encontrarás algo que debe ser autosustentante — no porque la fe lo exija, sino porque la alternativa es que nada sea sostenido en absoluto.

La respuesta apuntaba hacia el que no dice Yo era ni Yo seré sino simplemente YO SOY — el presente autosustentante que constituye en lugar de habitar el Ahora. No una causa que actuó una vez y se retiró. Una presencia sustentante sin la cual el punto de cruce colapsa y la actualidad cesa.

La misma respuesta es válida aquí, y con mayor profundidad. El interior infinito continuo entre unidades — la distancia inagotable que preserva la integridad de cada uno dentro

de cada composición — requiere el mismo fundamento. No es autosustentante. Su continuidad no es generada por las unidades mismas, ni por la distancia considerada abstractamente. Se mantiene abierta, momento a momento, para que el cambio permanezca como cruce en lugar de reemplazo, y el ser permanezca intacto a través de cada transición que atraviesa.

Esto significa que la preservación del ser a través del cambio no es un logro filosófico. No es el resultado de la memoria, la narrativa, la continuidad material o la coherencia psicológica. Es una consecuencia del fundamento sustentante — aquel en quien la estructura completa del antes y el después, el interior y el exterior, la unidad y la composición, el cruce y el retorno, se sostiene simultáneamente.

El ser persiste no porque sea suficientemente fuerte para sobrevivir al cambio. Persiste porque la distancia a través de la cual cruza está sostenida por algo más fuerte que el cambio mismo.

Retira ese fundamento sustentante y la continuidad falla; donde la continuidad falla, la transición colapsa en reemplazo, el límite que la continuidad había impedido reaparece, y el ser — el uno irreducible — no tiene ningún interior ininterrumpido que recorrer.

Dios no preserva al ser interviniendo en el cambio desde fuera. Dios preserva al ser sosteniendo el interior continuo a través del cual todo cambio debe pasar — el espacio infinito que no tiene huecos, el cruce que no tiene costura, el fundamento que mantiene intacto el hilo de la identidad de un Ahora al siguiente.

—

El espacio no es el contenedor del cambio. Es su condición. Y el interior infinito continuo de toda transición — inagotable, asintótico, necesariamente ininterrumpido, mantenido abierto en cada momento por lo que sostiene tanto el Ahora como la distancia — es lo que hace posible al ser: no a pesar del cambio, sino a través de él, un cruce a la vez, siempre intacto, siempre sostenido.

Referencias

- Aristóteles. Física. Traducido por Robin Waterfield. Oxford University Press, 1996.
- Agustín de Hipona. Confesiones. Traducido por Henry Chadwick. Oxford University Press, 1991.
- Bergson, Henri. Tiempo y Libre Albedrío. Traducido por F. L. Pogson. Allen & Unwin, 1910.
- Bergson, Henri. Materia y Memoria. Traducido por Nancy Margaret Paul y W. Scott Palmer. Allen & Unwin, 1911.
- Deleuze, Gilles. Diferencia y Repetición. Traducido por Paul Patton. Columbia University Press, 1994.
- Deleuze, Gilles. El Bergsonismo. Traducido por Hugh Tomlinson y Barbara Habberjam. Zone Books, 1988.
- Gaitan, Oscar. ¿Necesita el tiempo que yo exista, o necesito yo el tiempo? Zenodo, 2026. <https://doi.org/10.5281/zenodo.15302684>
- Gaitan, Oscar. El Cero que Regresa: Una Lectura Ontológica de la Estructura Decimal. Zenodo, 2026. <https://doi.org/10.5281/zenodo.19894007>
- Hume, David. Tratado de la Naturaleza Humana. Oxford University Press, 2000.
- Locke, John. Ensayo sobre el Entendimiento Humano. Oxford University Press, 1975.
- Plutarco. Vida de Teseo. Traducido por John Dryden. Modern Library, 2001.
- Tomás de Aquino. Suma Teológica. Traducido por los Padres de la Provincia Dominicana Inglesa. Benziger Bros., 1947.

Nota sobre Fuentes y Método

Oscar Gaitan desarrolla este marco como parte de una topología más amplia del tiempo, el cambio y la identidad en la que el ser es la unidad ontológica irreducible — preservada a través del cambio no por resistencia sino por el interior infinito continuo que toda transición genuina requiere necesariamente. Este ensayo es el tercero en una secuencia que incluye ¿Necesita el tiempo que yo exista, o necesito yo el tiempo? y El Cero que Regresa: Una Lectura Ontológica de la Estructura Decimal. Las referencias filosóficas — Deleuze, Aristóteles, Aquino — no son fuentes del argumento sino interlocutores cuya

proximidad al problema aclara lo que esta proposición afirma y lo que no. El argumento se sostiene o cae por su propia coherencia estructural.